

PLANIFICACION PROVINCIAL EN COLABORACION

Précis: Muchas directivas insisten en la planificación provincial pero todavía se lamentan de la falta de planificación. La planificación tiene que incluir los no-Jesuitas desde un principio, porque la colaboración comporta un reto fundamental: somos demasiado individualistas y no queríamos depender de nadie. Hay que entender que la planificación auténtica significa una planificación en colaboración – algo verdaderamente nuevo.

Trate de hablar de planificación provincial y tendrá la impresión de entrar en un torbellino. Las Directivas para los provinciales insisten en la planificación provincial (cf. n. 10 y 45); por otra parte, los delegados de la última congregación de procuradores se han lamentado de falta de planificación en la mayor parte de las provincias. Por su lado, los provinciales han confesado, en *Loyola 2000*, que estos ejercicios les dejan desalientos, porque faltan personas adecuadas para llevar los planes a buen fin. Y el círculo vicioso se ha completado, cuando, fuera del *aula*, algunos entre los jóvenes escolásticos delegados en Loyola, hicieron notar que no conocían un aumento en número, tanto que la provincia no presentará una clara visión ni objetivos definidos.

Pienso que la única manera de salir sea elaborar planes de provincia, planes a largo plazo y planes inmediatos, pero teniendo cuenta no solamente de las necesidades apostólicas, sino también de la existencia de no-jesuitas competentes y generosos, listos a colaborar con nosotros. Pero nosotros, ¿estamos listos a hacer esto?

En el reciente encuentro de *Loyola 2000*, un grupo de provinciales recomendaba que el Padre General estimulare una participación entre

jesuitas, otros religiosos y laicos, constituyendo equipos apostólicos con una misión común, porque -decían estos provinciales- la participación debería ser un aspecto importante de nuestra planificación provincial. Otro grupo de provinciales, constituyen una Conferencia toda entera, recomienda “tener en cuenta nuestros colaboradores laicos verdaderos en la formulación y puesta en obra de los planes apostólicos provinciales y *sopraprovinciales*”. En otra recomendación, serían del aviso que una de las condiciones de aprobación de los planes provinciales y de las conferencias debería ser que entre ellos “la colaboración y las responsabilidades de nuestros colaboradores laicos sean definidas claramente”. Alguna de estas propuestas no obtienen la mayoría necesaria para hacer recomendaciones al Padre General, no porque ellas fueran inaceptables, sino porque, luego de las opciones hechas por nosotros, no eran más obvias ni exigirían ser reformuladas.

Pero, me pregunto: “¿Cómo es posible que después de tantos años, desde la época del Vaticano II y de la Congregación General XXXI, del Padre Arrupe y, más recientemente, de la Congregación General XXXIV, deseamos todavía que el Padre General insista en la colaboración de los laicos y que se repita lo que tantas veces se ha dicho?”. En el pasado, en mi asistencia de Asia meridional, se han tenido seminarios nacionales y encuentros provinciales en los que el tema de “la colaboración con los laicos” ha sido estudiada amplia y frecuentemente, pero después de tantos cambios efectuados y tantas recomendaciones

es formuladas, tenemos algunas cosas que mostrar en concreto. O -como dirían algunos cínicos- hacemos en palabras lo que nos falta en los hechos. En efecto, si, durante estos encuentros examináis las caras -especialmente las de los directores de obras que han puesto en práctica estas recomendaciones- podréis encontrar escrito un “bah” en toda su persona.

Conceptos ambiguos

No pienso que se trata de una forma de duplicidad, más bien quizás es el resultado de concepciones falsas o ambiguas con relación a lo que quisiéramos decir directa o implícitamente por colaboración de los laicos. ¿Tenéis presente lo que sucedió con el “servicio de la fe y la promoción de la justicia” después de la Congregación General XXXII, ambas proclamadas

esenciales para nuestra misión? En octubre pasado, hablando a los jesuitas comprometidos en la enseñanza superior en la universidad de Santa Clara en California, EE.UU., el Padre General admitía que estas expresiones poseían “todas las características de un lema de repercusión mundial, utilizando un mínimo de palabras para inspirar un máximo de visión dinámica, pero con el riesgo de la ambigüedad”. Es precisamente esta ambigüedad -continuaba- que ha llevado a muchos a “una lectura incompleta, desviada y desequilibrada” de esta expresión, tal como la había forjado el padre Arrupe, que, a su vez, “nos lleva a considerarnos más como adversarios que como compañeros”, como ha indicado la Congregación General XXXIV (d.3, n.2). Por fortuna -concluía el Padre General- en los últimos 25 años, el Señor nos ha enseñado pacientemente a servir la fe que obra la justicia de una manera más integral.

Me atrevo a pensar que un hecho semejante se produce con la “colaboración con los laicos”. Al comienzo, cuando la Compañía hablaba de “colaboración con los laicos”, pensábamos que se nos pedía dejar que los laicos asumieran sus lugares en la administración. ¡Y esto nos incundía terror! ¿Cómo era posible que los jesuitas pudieran trabajar *sometidos* a los laicos?

Si, el padre Arrupe había sugerido esta posibilidad en su discurso de 1980 sobre “nuestras escuelas secundarias hoy y mañana”. El proponía que los laicos que trabajaban en nuestras instituciones pudieran asumir “no solo tareas de simple administración o gerencia, sino los más altos niveles, incluso la responsabilidad de la educación ... que en otras palabras quería decir, la dirección de la escuela, si se veía necesario y útil”. Una vez, aprovechando de mi situación de superior local, quise hacer precisamente esto. Persuadí a la dirección de la escuela de asumir a una institutriz, muy competente, como vicedirectora. Esto duró todo el tiempo que permanecí en el cargo. Al año siguiente que me marché, la señora fue retrocedida: “Cómo podían los jesuitas trabajar en sumisión a una mujer, y a una mujer no cristiana además” - dirían algunos.

No que nuestros colaboradores laicos aspiren de tal manera a asumir puestos de administración, menos que en la India. Tuve que recurrir a mucha obra de persuasión en el caso de esta institutriz. Su objeción era: “Vosotros jesuitas, podéis tranquilamente tomar decisiones difíciles que involucran al personal y a sus familiares, tanto luego os refugiáis en vuestras comunidades

religiosas; pero nosotros, en nuestra vida social, debemos vivir codo a codo con quienes hemos afectado”. Otro profesor laico comprometido confesó que no obstante tuviera un puesto ejecutivo, debía usar su tiempo libre fuera de la escuela para lecciones privadas remuneradas. No se podía permitir el lujo de perder este dinero.

Trabajar en colaboración

Después de haber reflexionado sobre esta experiencia fallida, he llegado a la conclusión que la colaboración de los laicos comporta algo más fundamental que el simple hecho de que algunos laicos ocupen algunos puestos en nuestras instituciones. Los laicos de hecho están en nuestras instituciones, pero hay que poner el acento no en la colaboración de los laicos sino en trabajar en colaboración.

Hace muchos años, cuando visité las escuelas a lo largo del país, como secretario nacional de la Jesuit Educational Association of India (La Asociación de la India para la educación jesuita) y hablé de la colaboración de los laicos, muchos hacían el siguiente comentario: “Usted habla de colaboración con los laicos, pero: ¿qué hay que decir de la colaboración entre os mismos jesuitas? Queriendo decir con esto que los jesuitas (incluidos los directores jesuitas) eran demasiado individualistas y no querían depender de nadie. Tomaban todas las decisiones unilateralmente. Podían incluso “consultar” al personal laico e involucrarlos en alguna toma de decisión, sobre todo cuando ellos eran “señor/señora sí”, pero los compañeros jesuitas permanecían en la sombra. De esta manera, el problema de fondo continúa siendo, incluso hoy, el individualismo, tanto así que los Provinciales de *Loyola 2000* lo han definido “un cáncer que carcome la energía apostólica de todo el cuerpo”.

Las recomendaciones de “estimular la colaboración” que mencionaba al comienzo tendría algo que ver con la participación de nuestros colaboradores en nuestra planificación provincial. Es lo que entienden por *planificación en colaboración*. No cabe duda que los provinciales estaban perfectamente conscientes de la condición que el padre Arrupe ponía, es decir, que los colaboradores laicos “asimilen los principios ignacianos que inspiran nuestra misión”. Es la única condición a la que pueden estar eficazmente implicados.

Pero esta no es la *panificación en colaboración* que tengo en la cabeza. Pienso más bien en una planificación que debe contar en los colaboradores no jesuitas para su realización. Es lo que de hecho, por lo menos en Asia meridional, hacemos cuando abrimos instituciones de educación y otras con uno o dos jesuitas y veinte o treinta laicos. Por desgracia, tenemos raramente laicos, incluso los que han trabajado con nosotros, que estén implicados a nivel de planificación, y a menudo no nos preocupamos de verificar si los que llamamos para que trabajen con nosotros están en grado de “asimilar los principios ignacianos que inspiran nuestra misión”. Es una anomalía, y supongo que, en la India, deberíamos tratar de poner remedio debido a la actual onda anticristiana que se está viviendo en nuestro país.

Por consiguiente, pienso que podemos y debemos elaborar planes, grandes planes apostólicos, en colaboración con no jesuitas bien elegidos, que, obviamente, deberán ser ayudados para que “asimilen los principios ignacianos que inspiran nuestra misión”. El padre Arrupe conocía muy bien la India y estaba convencido que incluso los no cristianos podían realizar esto. Pero como era un hombre práctico afirmaba: “Realizar este tipo de formación requiere tiempo y dinero”. Bien, ¿acaso no hacemos algo semejante con los escolásticos? ¿Por qué, entonces, no hacerlo también con los laicos? ¿Qué garantías tendremos -objetarían algunos- que estos laicos, una vez formados adecuadamente, quieran permanecer con nosotros? ¿Qué garantías tenemos que permanezcan también los escolásticos? Pienso que nuestra dificultad mayor consiste en el hecho de que no estamos dispuestos a correr riesgos e incluso fracasar... algunas veces. Pero la necesidad más urgente es -y cito nuevamente al padre Arrupe-, “que apreciemos su capacidad de integrarse a nuestra misión apostólica”.